

revelador de la moral y al que se llegó a situar en el más alto grado de la virtud, aquel que sólo alcanzan los santos. En el segundo de los trabajos antes mencionados se analiza el concepto de «cortesía», entendida en el medievo como saber, pero un saber moral, un saber que se manifiesta como virtud. El tercer trabajo citado, «La concepción del saber...», asimismo de gran extensión, plantea con gran agudeza la relación dialéctica que, en el contexto de la sociedad medieval, existía entre el sabio y la sabiduría. Después de referirse a cuestiones como la cultura del libro o el finalismo moral de la ciencia, Maravall concluye señalando la correspondencia que se observa en la Edad Media entre la concepción sapiencial de la ciencia y el sistema estático de la economía.

Maravall fue lo más alejado que imaginarse pueda de un historiador localista. Sus investigaciones tienen que ver con conceptos políticos, categorías sociales, formas de pensamiento, todos los cuales difícilmente pueden circunscribirse a límites territoriales estrictos. No obstante, sus trabajos de historia medieval se proyectan básicamente sobre España. Precisamente él había insistido en los vínculos comunitarios que en torno a la idea de Hispania habían existido en los siglos medievales. Pero Maravall no ocultaba la singularidad de algunos territorios hispanos y en particular de Cataluña. De ahí que dedicara algunos trabajos a problemas específicos del medievo catalán: «Un problema jurídico-político de los diplomas catalanes», «El culto de Carlomagno en Gerona» y «La formación del régimen político territorial en Cataluña».

El primero de los artículos citados trataba del problema de la datación por los años de reinado de los reyes francos en los diplomas de Cataluña hasta entrado el siglo XII. El segundo alude al oficio de San Carlomagno, desarrollado en Gerona a partir del año 1345, por iniciativa del prelado Arnal de Monredón. Acto individual y tardío, dicho culto tenía, en opinión de Maravall, un carácter gibelino o si se quiere regaliano. «La formación del régimen político...» es en realidad una investigación acerca de la obra del importante jurista catalán del siglo XIII Pere Albert. Aunque en sus escritos trata de temas feudales, Albert demuestra estar imbuido de ideas nuevas, de claro origen romanista, como la que defendía la superioridad indiscutible del príncipe.

¿Y el feudalismo? Un historiador interesado por la Edad Media, ¿podía permanecer al margen de la discusión acerca de concepto tan fundamental para la comprensión de dicha época como el de feudalismo? En modo alguno. De ahí que escribiera un prólogo para la traducción castellana del libro de C. Stephenson *El feudalismo medieval*, que lleva por título «El problema del feudalismo y el feudalismo en España». En él Maravall ponía de manifiesto la complejidad del concepto de feudalismo, «fenómeno político», pero a la vez «etapa en la historia de la economía». Más adelante señalaba que el feudalismo es «un complejo institucional, una estructura social, una forma política y, junto a ello... un conjunto de ideas». Apoyándose en Sánchez Albornoz destacaba la peculiaridad del feudalismo español, si bien éste sólo puede ser entendido como una matización propia dentro del conjunto europeo. En cualquier caso la Edad Media interesaba a Maravall, no lo olvidemos, en cuanto en ella se hallaban las raíces del mundo moderno, y éstas eran la burguesía, el capitalismo o el Estado moderno, en tanto que el feudalismo significaba un fenómeno puramente medieval, sin continuidad en la época que le sucedió.

José Antonio Maravall se ocupó también de la valoración de algunos de los más insignes medievalistas españoles de este siglo. Es preciso destacar en este sentido un artículo suyo del año 1959, «Menéndez Pidal y la renovación de la historiografía» (recogido posteriormente en el libro *Menéndez Pidal y la historia del pensamiento*, publicado en 1960), en el que glosaba la obra del ilustre filólogo e historiador. Después de señalar que Menéndez Pidal marca una época en la historiografía española, Maravall ponía de manifiesto cómo la principal aportación de aquel se encuentra en la teoría. Si importante fue su labor erudita, como estudioso de las fuentes, mucho más lo fueron sus métodos de interpretación de las mismas. Problemas como las relaciones entre el individuo y el grupo en la historia, o la continuidad y la discontinuidad en el proceso histórico, recibieron un tratamiento magistral en la obra de Menéndez Pidal. Por lo demás buena parte de la obra de este maestro hay que situarla, en opinión de Maravall, en el ámbito de la historia del pensamiento. ¿Qué fue, por ejemplo, *La España del Cid*, una de sus obras más conocidas? No es en absoluto una biografía, pese a lo que en principio pueda parecer. Lo fundamental de dicha obra consiste en el pensamiento político de reyes, legados, nobles y eclesiásticos, así como «la evolución de ideas sobre la realeza o las relaciones feudales, la idea de cruzada...». A través de ellas construye Menéndez Pidal un panorama de las tierras hispánicas en la época del Cid.

En otro orden de cosas Maravall valoraba muy positivamente las ideas generales de Menéndez Pidal acerca de la construcción histórica de España y sobre los siglos medievales en particular. ¿Cómo no recordar las inolvidables páginas del maestro sobre la Castilla innovadora, o sobre la «idea imperial hispánica»? ¿Y sus puntos de vista acerca del papel jugado en el medievo por España, como puente entre el Islam y la Cristiandad? Pero, con todo, lo más significativo de Menéndez Pidal ha sido su contribución a la renovación historiográfica, faceta esta que nadie había señalado hasta Maravall.

Un observador tan atento de todo lo que concernía a la interpretación de la realidad española, presente o pasada, no podía permanecer ajeno a la polémica que se desató en las pasadas décadas sobre la singularidad de la historia de España y que tuvo como protagonistas a Américo Castro y a Claudio Sánchez Albornoz.

El trabajo «La visión histórica de España en Sánchez Albornoz», que data de 1960, constituye una reseña crítica de la obra del ilustre medievalista español exiliado en la Argentina *España, un enigma histórico*, que había sido editada en Buenos Aires cuatro años antes. Con la mayor objetividad, Maravall pasa revista a los pilares en que se asienta la interpretación de la historia de España de Sánchez Albornoz, y que no es el caso de reproducir aquí. Reconoce Maravall que *España, un enigma histórico* es, ante todo, la obra de un gran historiador. Sánchez Albornoz, dice Maravall, desarrolla su programa «con gran rigor y sistema de historiador». Pero a la vez pone de manifiesto cómo la obra que comentamos hunde sus raíces en una concepción antropológica, pues lo que analiza en ella no es tanto la historia de España como la de los españoles, o mejor aún la historia del «homo hispanus». Desde ese punto de vista, nos dirá Maravall, hay una coincidencia entre Sánchez Albornoz y Castro, pues también éste es deudor de esa concepción de la historia que nos lleva a Dilthey. Así pues Maravall, aún reconociendo la indudable valía de *España, un enigma histórico*, tomó sus distancias ante dicha obra, lo que quería decir

que no se colocaba en ninguno de los dos bandos de la polémica. Al fin y al cabo el debate entre Sánchez Albornoz y Castro, pensaba Maravall, se situaba en una órbita historiográfica cuando menos discutible.

Pero eso no obsta para que Maravall criticara abiertamente los puntos de vista defendidos por Américo Castro. En su trabajo «La morada vital hispánica y los visigodos», que data del año 1965, Maravall, tomando como pretexto la cuestión de la españolidad de los visigodos (él los considera preespañoles), arremetía duramente contra los supuestos teóricos de que partía Castro. Su concepto de la «morada vital», nos dice Maravall, es una versión modernizada de la vieja idea romántica del espíritu de los pueblos. A partir de ahí cualquier construcción se derrumbaba. ¿Por qué se iba a fraguar el modo de ser español en poco más de un siglo? ¿Qué extraña alquimia explica que en la construcción de lo español intervinieran unos elementos (lo cristiano, lo musulmán y lo hebraico) y fueran excluidos otros (por ejemplo los siglos que precedieron a la invasión musulmana de la Península Ibérica)?

La réplica indirecta a Castro la encontramos asimismo en otros trabajos del profesor Maravall. Su crítica a la visión psicologista de la historia y su defensa, como buen historiador, del «análisis concreto de cada situación concreta» no podía conducirle a otra meta. Así, a propósito de las consideraciones sobre el autor de *La Celestina*, nos dirá Maravall, en clara referencia a Castro: «Andar preocupados por estos problemas (reducir una creación artística a una determinación étnica) y dejar de lado los más efectivos condicionamientos sociales y económicos no deja de ser una forma un tanto anacrónica de hacer historiografía».

El rápido recorrido que hemos efectuado por la obra de Maravall que tiene relación con los siglos medievales nos da pie para sacar algunas conclusiones. Por de pronto José Antonio Maravall brilla con luz propia en el ámbito de los historiadores de la Edad Media. Gracias a él han sido roturados campos que se encontraban prácticamente sin cultivar, como la historia de las ideas políticas. Cultivador de la historia social, en su mejor acepción, Maravall fue un pionero de la hoy tan de moda historia de las mentalidades. Pero quizás el legado más importante que ha dejado Maravall a los medievalistas consiste en su ejemplar equilibrio entre el conocimiento de las fuentes y su interpretación, así como su insistencia en situar la historia de la España medieval en su contexto europeo.

Julio Valdeón Baroque

En familia. 1972



Con su nieto Miguel. 1986

